



LA RELATIVIDAD DE LA NOVELA: DE “A SANGRE FRÍA” A “LOS SUEÑOS DE EINSTEIN”

Por:

ASBEL LOPEZ
COLCIENCIAS

ARDUO, Y PROBABLEMENTE INÚTIL, SE RÍA tratar de encontrar semejanzas temáticas entre una novela sobre el asesinato de una familia en Holcomb, Kansas, en 1959, y una novela sobre las imágenes que asedian a un físico de 26 años antes de entregar al *Annalen der Physik*, el 28 de junio de 1905, tres artículos que cambiarán la historia de la ciencia.

La similitud que queremos señalar entre *A Sangre Fría* de Truman Capote, uno de los retratos más vivos y sobrecogedores de la sociedad contemporánea que ha dado la literatura, y *Los Sueños de Einstein*, la primera novela de Alan Lighthman, físico, profesor de cosmología y redacción literaria en MIT, es más bien formal. Tiene que ver con el género que inauguró *A Sangre Fría* cuando se publicó en 1966: la novela de no ficción o novela real.

“Quería realizar”, explica Capote en el prefacio de *Música para Camaleones*, “una novela periodística, algo a gran escala que tuviera la credibilidad de los hechos, la inmediatez del cine, la hondura y libertad de la prosa, y la precisión de la poesía”. El “escritor en busca de una forma” encuentra así en el periodismo una “excusa de forma”. En lugar de pasearse por los juzgados buscando temas y personajes, como hacía Dostoievski en San Petersburgo, o imitar sin más el trabajo del reportero que informa sobre lo que alcanza a ver y a escuchar, Capote decide reconstruir, de la forma más fiel posible, un hecho real. Para ello utilizó las técnicas del reportaje y los recursos literarios

que había logrado afinar en varios cuentos y una novela corta. Detalles insignificantes para el ojo corriente se convirtieron, ante su mirada de escritor, en claves para aproximarse a la mentalidad de los dos ex convictos que mataron a la familia Clutter.

Norman Mailer consideró este género “indigno de un escritor serio” y lo calificó de “gran fracaso de la imaginación”. Poco después, sin embargo, el mismo Mailer “ganó un montón de dinero y de premios escribiendo novelas reales” (*Los Ejércitos de la Noche*, *La Canción del Verdugo*), como recuerda Capote. Impulsados por la cresta de la ola, periodista con talento literario como Tom Wolfe (*Los Años del Desmadre*) y Gay Talese (*Fama y Oscuridad*) obligaron a las revistas a pagarles pequeñas fortunas por reportajes-ficción que duraban varios meses escribiendo. Nació así, inspirado también en la novela de no ficción, otro género literario: el Nuevo Periodismo.



Carátula del libro “Los Sueños de Einstein”

Como era de esperarse, de todo esto han resultado obras muy buenas y pésimas. Su contenido, sin embargo, se ha concentrado en lo que se conoce en Estados Unidos y Gran Bretaña con el nombre de *True Crimes*: asesinatos múltiples o en serie cometidos por psicópatas, estranguladores, terroristas, narcotraficantes, toda suerte de criminales cuyas mentes desviadas florecen en nuestro vecindario. La popularidad de este género es tal, que una editorial española acaba de lanzar una colección, cuyo nombre es precisamente *A Sangre Fría*, centrada en el “subgénero” de los crímenes



Truman Capote

cometidos entre vecinos y familiares, pues a los españoles "les va lo doméstico", de acuerdo con la revista Quimera. Primer libro de la colección: *Viejos Amores*, historia de un vecino de Santander que violó a dieciséis ancianas. Apenas natural, entonces, que los científicos no hayan inspirado novelas de no ficción. No sólo por lo abstractas, áridas y complejas que son sus teorías, sino por lo aburrida que resulta, a la vista de ciertos lectores, su vida. Einstein, por ejemplo, acostumbra "llenar, en la cocina, largas páginas de ecuaciones"; pidió durante dieciocho meses "orientación y esperanza" a un profesor para finalizar su tesis doctoral, y después de publicar su primer trabajo en una prestigiosa revista científica le dio por "imitar a un gallo durante cinco minutos".

Lo que sí han hecho algunos periodistas, con la intención, muy legítima por cierto, de desmitificar la figura del científico, es tratar de ponerle algo de "carne" y "color" a la vida del hombre. Descubrir las intimidades del genio. Mostrar que los científicos también son insoportables, se separan de sus maravillosas esposas y tienen hijos desgraciados o mediocres. El aporte concreto que ha hecho a la ciencia universal, su esfuerzo diario de muchos años para conseguirlo, que es al fin y cabo por lo que un investigador sale del anonimato, pasa a un segundo plano. Aunque se menciona, pues de otro modo no se podría entender por qué una vedette como el periodista habría de ocuparse de un individuo tan poco farandulero como el científico, por lo general no se explota, ni es fuente de inspiración. Muchísimo menos de creación literaria.

Este es el gran mérito de Alan Lightman: escribir una novela sobre la vida de Albert Einstein entre el 14 de abril y el 28 de junio de 1905. Ese año, su *annus mirabilis*, Einstein publicó varios artículos que, además de contener resultados concretos importantes, sentaron las bases de nuevas áreas de investigación fundamental. 1905, en la historia de la ciencia, es según algunos científicos, un año sólo comparable a 1666, año en que Newton concibió la mayor parte de las ideas que habrían de gobernar la ciencia durante más de dos siglos.

El relato de Lightman, sin embargo, no hace el recuento de estos logros. Tampoco trata ningún hecho particular, ninguna anécdota. Einstein no salva a ninguna niña de que la aplaste un bus. Fuera de decir que el trabajo de uno de sus colegas no puede estar bien porque es "feo e improvisado" y explicar por qué la botella centrifugadora que han remitido a la oficina de patentes donde trabaja no puede funcionar -pues el eje oscilará demasiado-, en su vida no pasa, narrativamente hablando nada. Ni siquiera

hipnotiza a un auditorio de profesores con sus fórmulas. Sus días, vistos desde fuera, son simples: tomar el metro, sentarse en una terraza a discutir con Besso sobre los experimentos de Lorentz, quejarse de que Mileva no lava los platos ni tiende la cama, y "contemplar los Alpes, lejanos y apenas visibles bajo la bruma".

Es en su mundo interior en donde el autor pone a destruir y reconstruir a cada instante el universo: "Imagina un mundo en que la gente vive sólo un día... En este mundo nadie vive lo suficiente para contemplar el cambio de las estaciones"; "Imagina que todos vivieran eternamente"; "Imagina que el tiempo no es una cantidad sino una calidad, como la luminiscencia sobre los árboles cuando la luna roza las ramas".

Las imágenes que sugiere Alan Lightman, inspirado en la teoría de la relatividad, son las de los vaivenes con que el tiempo provoca los extremos de nuestro espíritu. No las de ese tiempo que menospreciamos porque nos sentimos capaces de administrarlo. De hecho, a veces nos ocurre llegar a tiempo a una cita o no dejar que nos coja la noche. Pero, yendo un poco más allá, ¿está el tiempo fijado de antemano? ¿Nuestros sucesos ya son? Y si es así, ¿cómo no hacer demasiado haciendo lo suficiente para alcanzar ese futuro que queremos? ¿Cómo no temer que cualquier "cambio que hagamos en el pasado ocasione consecuencias tremendas en el futuro"? No hay respuesta. El "viajero del tiempo" está condenado porque "cuando debe hablar, no lo hace con palabras sino con gemidos. Susurra ruidos torturados. Está sufriendo. Porque si ocasiona la menor alteración de una cosa cualquiera, pueda destruir el futuro".

¿Es acaso una condena la que sufre quien "no puede imaginar su futuro" y por lo tanto "no puede pensar en el resultado de sus acciones? Depende. Porque mientras "algunos se paralizan hasta la inacción, pasan el día en la cama, despiertos pero temerosos de vestirse", otros "se levantan de un salto por la mañana, sin preocuparse por el hecho de que ca-



da acción lleve a la nada o porque no puedan planear sus vidas. Viven momento a momento, y cada momento es la plenitud". ¿Cuál está libre? ¿Cuál atrapado?

El tiempo también forma parte de nuestro destino. Pero ¿cómo? Basta, acaso, imaginar un presente distinto, un futuro mejor, y luego atreverse, correr el riesgo de alcanzarlo: "Si por un instante una niña se ve convertida en florista, decide que no irá a la universidad. Si un joven tiene una visión de la mujer con quien se va a casar, la espera. El abogado que se ve en Zurich vestido con la toga del juez abandona su trabajo en Berna. Y en verdad, "¿qué sentido tiene seguir adelante con el presente cuando se ha visto el futuro?".

Precisamente, para no sacrificar los "mil futuros posibles". Pues aun cuando "unos pocos han visto el futuro, hacen todo lo posible por refutarlo": "Un hombre se dedica a cuidar los jardines del museo de Neuchâtel, aunque se ha visto abogado en Lucerna. Un joven se embarca animosamente en un velero tras ver que su padre morirá pronto de un ataque al corazón. Una joven no se resiste a enamorarse de un hombre aunque sabe que se casará con otro. Estas personas gritan desde sus balcones, al ocaso, que puede cambiarse el futuro, que hay mil futuros posibles".

En tal incertidumbre, cómo saber "¿quiénes obtendrán mejores resultados en el mundo del tiempo intermitente? ¿Los que han visto el futuro y viven sólo una vida? ¿Los que no lo han visto y aguardan el momento de vivir? ¿O los que niegan el futuro y viven dos vidas?"

¿Son más felices los Mas Tarde que los Ahora, porque mientras éstos "leen constantemente nuevos libros, aprenden nuevos oficios, nuevas lenguas", aquéllos "piensan que no hay por qué apresurarse para empezar las clases en la universidad, estudiar otro idioma, leer a Voltaire o Newton"? ¿Son más felices dos Ahora que dos Más Tarde porque cuando aquéllos se encuentran "comparan las vidas en que han descollado, intercambian información y luego miran el reloj", mientras éstos "hablan del futuro y siguen con la vista la parábola del agua?". No hay respuestas. Hay imágenes. Hay formas distintas de percibir el tiempo. Hay una lograda recreación poética de una teoría física. En su libro, *Los Testamentos Traicionados*, Kundera señala que la "mayor parte de la producción novelesca de hoy se hace por fuera de la historia de la novela". Se trata, según él, de la fórmula del "fin de la historia" aplicada a la novela: "confesiones novelescas, reportajes novelescos, ajuste de cuentas novelescos, autobiografías novelescas, indis-

creciones novelescas, denuncias novelescas, lecciones políticas novelescas, agonías de marido novelescas, agonías de padre novelescas, agonías de madre novelescas, desvirgadas novelescas, partos novelescos, novelas *ad infinitum*, hasta el final del tiempo, que no dicen nada nuevo, que no tienen ninguna ambición estética, que no aportan ningún cambio ni a nuestra comprensión del hombre ni a la forma de la novela, que se parecen la una a la otra, son perfectamente consumibles por la mañana, perfectamente desechables por la noche".

Aunque la observación de Kundera es cierta, y certera, no sigo sus reproches. Cualquiera puede, y debe tener derecho, a escribirse su novela. Derecho a correr el riesgo de hacer el ridículo, pasar inadvertido, desquitarse, nadar en dinero o ganarse un premio literario. No veo, sinceramente, motivo de preocupación: además de hacer millonarios o arruinar a unos cuantos editores, a la literatura sólo llegarán, finalmente, las obras maestras. Que florezcan todas las formas de expresión. Que se desacralice también la forma novela. Además ¿acaso no puede "saltar" alguna de estas obras al salón de los espejos de la novela? De hecho lo hizo *A Sangre Fría*. Capote entró en la historia de la novela escribiendo una que no encajaba en esa historia. O la historia se ampliaba, y dejaba entrar a la novela de no ficción, o entonces ya era la historia de un solo tipo de novela.

Hay que admitir, sin embargo, que Capote era primero, y antes que nada, un gran escritor con unas enormes ambiciones estéticas. Imposible saber si además de dirigir un taller literario en MIT Lightman también las tenga. Es probable. Dudamos, en todo caso, que su obra, desde un punto de vista literario, pueda compararse con las de Hemingway o Faulkner. Su valor reside más bien en haber escrito una brillante y hermosa novela corta de no ficción científica que cumple con uno de los propósitos que, a mi juicio, debe tener toda obra de divulgación científica: mostrar que el conocimiento, por más básico, por más puro, por más complejo y super-especializado, siempre toca, de una u otra manera, al ser humano. Es de la vida que trata la ciencia. Tal vez sólo unos pocos científicos puedan seguir, con sus fórmulas y razonamientos matemáticos, la teoría de la relatividad. Sin embargo todos nosotros, aun cuando de forma distinta, experimentamos el tiempo. La teoría de la relatividad, de la forma tal vez muy personal como la recrea Alan Lightman, nos invita a reflexionar sobre nuestra propia experiencia del tiempo. La vida de Einstein, como la describe y cuenta Alan Lightman, nos enseña a valorar a los científicos, que vuelan muy alto para después decirnos dónde estamos parados. ●